

ERLE STANLEY
GARDNER



PERRY MASON

EL CASO
DEL LORO
PERJURO



¿Puede un loro actuar como testigo ante un tribunal? Fremont Sabin excéntrico millonario, aparece asesinado en su cabaña del bosque, adonde había acudido para pescar. Un loro ha sido testigo presencial del crimen. Pero, curiosamente, este no es el loro que pertenece a Sabin. Alguien lo ha sustituido. A la primera lista de sospechosos, parientes, herederos, se añade uno más: la mujer que tiene en su poder el loro del millonario. El animalito repite con insistencia una frase comprometedora. Todas las pruebas circunstanciales acusan a esta mujer, pero quizás las cosas no sean tan fáciles como a primera vista parece. Perry Mason, con su perspicacia habitual, consigue desenredar el ovillo que conduce hacia el sorprendente final.

Guía del Lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

BARNES: *Sheriff* del distrito.

BOLDING Randolph: Perito calígrafo.

DEMOND William: Famoso jurista, abogado de Fremont Sabin.

DRAKE Paul: Jefe de la Agencia de Detectives Drake.

GIBBS Arthur: Propietario de una tienda de pájaros.

HELMOND Karl: Dueño de una pajarería, amigo de Mason.

HOLCOMB: Sargento de la Policía Metropolitana.

MASON Perry: Eminente abogado criminalista, protagonista de esta novela.

MONTEITH Helen: Bibliotecaria de una biblioteca de San Molinas.

MONTEITH Sara: Hermana de la anterior.

SABIN Arthur George: Hermano de Fremont, asesinado.

SABIN Charles W.: Hijo del citado Fremont.

SABIN Fremont: Padre del anterior.

SPRAGUE Raymond: Fiscal del distrito de San Molinas.

STREET Della: Secretaria de Perry Mason.

TEMPELT Andy: Juez.

WAID Richard: Secretario del prócer asesinado.

WARNER Fred: Colaborador del *sheriff*.

WATKINS Rufus: Primer esposo de Helen Watkins.

WATKINS Steve: Hijo del primer matrimonio de la anterior.

WINTER: Una vecina de Helen Monteith.

Capítulo 1

Perry Mason dirigió una mirada poco cordial a la carpeta señalada con la indicación de «CORRESPONDENCIA SIN CONTESTAR».

Della Street, su secretaria, fresca como una rosa, dijo con su alegre voz de los lunes:

—Lo he repasado todo cuidadosamente, jefe. Lo de encima es lo único que tiene usted que contestar. He descongestionado un montón de cartas del fondo.

—¿Del fondo? ¿Por qué lo ha hecho?

—Porque son cartas que llevaban demasiado tiempo aquí.

Mason echóse hacia atrás en su sillón basculante, cruzó las largas piernas, adoptó modales leguleyescos y dijo en tono burlón interrogatorio:

—Aclaremos bien este punto, señorita Street. Las cartas que usted ha retirado de esta carpeta fueron, en un tiempo, «cartas importantes sin contestar», ¿no es así?

—Sí.

—De cuando en cuando, usted repasa cuidadosamente el contenido de esa carpeta, ¿verdad?

—Sí.

—Y elimina de ella todo cuanto no requiere mi atención personal.

—Sí.

—Por ejemplo: esta mañana ha eliminado usted un montón de correspondencia. ¿Cuántas cartas se ha llevado?

—Quince o veinte.

—Supongo que usted se encargará de contestar personalmente a las personas que entonces las escribieron, ¿verdad?

Sonriente, Della Street negó con la cabeza.

—Así, pues, ¿qué hace usted con ellas?

—Las traslado a otra carpeta.

—¡Ah! ¿Y qué carpeta es ésta?

—La de «CARTAS SIN NINGÚN INTERÉS».

Mason soltó una carcajada.

—¡Magnífico! Me gusta la idea, Della. Guardamos las cartas en la carpeta de la «CORRESPONDENCIA IMPORTANTE» hasta que ha pasado el tiempo suficiente para convertirlas en «CARTAS SIN NINGÚN INTERÉS». De esta forma nos ahorramos la molestia de contestar, perder tiempo y tener que estar yo en la oficina dedicado a la rutina que tanto odio... Realmente, hay cosas que parecen muy importantes y luego, a medida que pasa el tiempo, pierden su interés. Son como los postes telegráficos que pasan veloces, junto al tren. De momento parecen enormes y después, cuando se alejan, se van haciendo pequeños hasta desaparecer por completo... Lo mismo ocurre con todas las cosas que nos parecen vitales.

Della abrió mucho los ojos y, con su más candorosa expresión, preguntó:

—¿De veras se hacen pequeños los postes, jefe, o sólo parecen pequeños?

—Claro que no se vuelven pequeños. Lo que ocurre es que uno se aleja de ellos. Otros postes llegan y ocupan el puesto principal que dejaron vacío los otros. Todos los postes son del mismo tamaño. Sin embargo, cuando uno se aleja parecen más pequeños y... —Interrumpiéndose bruscamente, preguntó—: ¿Es que trata de buscar algún punto flaco en mi argumento?

La triunfal sonrisa de su secretaria hizo exclamar al abogado:

—Nunca debí haberme enredado en una discusión con una mujer. Está bien. Abra su cuaderno y contestaremos estas malditas cartas.

Abrió la carpeta, tomó una carta de unos famosos abogados y, tendiéndola a Della, dijo:

—Escríbalas que no me interesa encargarme del caso que me proponen. Ni por el doble de lo que ofrecen. Se trata de un perfecto caso de asesinato. Una mujer se cansa de su marido, le pega seis tiros y luego llora y se desespera, diciendo que él estaba borracho y trataba de golpearla. Llevaba seis años viviendo con él, y lo de verle borracho no era una novedad. Lo de que temiese que él la matara no concuerda con lo que dicen los otros testigos.

—¿Todo eso lo he de poner en la carta? —preguntó Della.

—No; sólo la parte correspondiente a que no quiero encargarme del asunto... ¡Oh! Aquí tenemos otra. Un hombre que ha engañado a un sinfín de gente haciéndole comprar acciones sin ningún valor, quiere que yo demuestre que cumplía la ley al pie de la letra.

Mason cerró la carpeta y dijo:

—No sé cuánto daría a fin de que la gente se diese cuenta de la diferencia que existe entre el abogado honrado que representa a una persona acusada de algún delito, y el abogado indigno que se convierte en socio para aprovecharse de los beneficios del crimen.

—¿Cómo explicaría usted esa diferencia? —preguntó la secretaria.

—El crimen es personal —explicó Perry—. Las pruebas son, en cambio, impersonales. Nunca acepto un caso a menos que esté convencido de que mi cliente fue incapaz de cometer el crimen de que es acusado. Una vez he llegado a tal conclusión, supongo que debe de haber alguna discrepancia entre las pruebas y las conclusiones que de dichas pruebas ha sacado la policía. Me lanzo a encontrarlas.

Della se echó a reír.

—Eso es más propio de un detective que de un abogado.

—No —replicó Mason—. Son dos profesiones distintas. Un detective reúne pruebas. Se va adiestrando en saber lo que debe buscar, cómo lo debe buscar y dónde debe encontrarlo. El abogado interpreta las pruebas después de haber sido reunidas. Gradualmente aprende...

Le interrumpió el timbrado del teléfono de encima de la mesa de Della. La joven contestó la llamada y después dijo:

—Por favor, no se retire —volvióse hacia Perry y, tapando con la mano el micrófono, preguntó—: ¿Podría recibir al señor Charles Sabin para un asunto de gran importancia? El señor Sabin dice que está dispuesto a pagar la consulta.

—Depende de lo que quiera —contestó Mason—. Si se trata de un caso de asesinato le escucharé. Si desea que le arregle alguna hipoteca diga que no me interesa verle... ¡Un momento, Della! ¿Cómo dice que se llama?

—Charles W. Sabin.

—¿Dónde está?

—En la sala de espera.

—Dígale que aguarde un momento... O pregúntele si es pariente de Fremont C. Sabin.

Della hizo la pregunta por teléfono y aguardó a que la encargada de la centralita telefónica de la sala de espera averiguara la respuesta. Un momento después la secretaria volvióse hacia Mason y asintió:

—Sí, es hijo de Fremont C. Sabin.

—Diga que le recibiré dentro de diez minutos. Salga a verle, Della. Hágame pasar a la biblioteca de leyes. Que espere allí. Tráigame los periódicos de la mañana... ¡Creo que tengo aquí uno!

Mason lanzóse hacia el periódico, y apartando a un lado la carpeta de la correspondencia importante lo extendió ante él.

La información sobre el asesinato de Fremont S. Sabin ocupaba casi toda la primera página. En la segunda y ter-

cera había ilustraciones fotográficas. También incluía una serie de datos biográficos de su carácter y personalidad.

Lo que se sabía del crimen daba pie a muchas cábalas. Fremont C. Sabin, excéntrico millonario, habíase retirado de los numerosos negocios que llevaban su nombre. Su hijo, Charles W. Sabin, encargábase de ellos. Durante los dos últimos años el potentado había vivido como un recluso. A veces viajaba en un remolque, deteniéndose en paradores de turismo, fraternizaba con otros viajeros, hablando de política, cambiando impresiones. Ninguno de cuantos habían hablado con él sospechó jamás que el hombre que tenía delante, con su traje abrigado por el uso, su sencillez y su carácter, fuera el dueño de bastante más de dos millones de dólares.

También era aficionado a desaparecer durante un par de semanas para dedicarse a rondar por las librerías de lance, por las bibliotecas, viviendo en el reino de la abstracción intelectual mientras rebuscaba entre los volúmenes.

Los bibliotecarios le clasificaban como empleado en paro forzoso.

Últimamente había pasado mucho tiempo en una casita erigida en una de las vertientes de un boscoso monte. Su distracción principal consistía en sentarse en la galería de la cabaña, con un par de potentes prismáticos ante los ojos y observar la vida de los pájaros. Trababa amistad con las ardillas, leía libros y deseaba únicamente que le dejaran solo.

Al borde de los sesenta años, representaba un tipo muy extraño. En lo que se refiere a éxito material, había sacado de la vida cuanto ésta pudo ofrecerle. Verdaderamente no sabía qué hacer con su dinero. Parte del mismo lo empleaba en donaciones aunque no tenía fe en la filantropía, opinando que lo más importante de la existencia es desarrollar el propio carácter. Aseguraba que cuanto más confiaba un hombre en la ayuda ajena más se debilitaba su temperamento.

El periódico publicaba una entrevista con Charles W. Sabin, el hijo del asesinado. Mason la leyó con gran interés, y a través de ella supo que Sabin padre había opinado que la vida era lucha y que Dios lo había dispuesto así; que las contrariedades fortalecían el ánimo; que la victoria sólo tenía valor por marcar la meta de la carrera; que ayudar en sus asuntos a otra persona era perjudicarla.

El viejo Sabin invirtió algo más de un millón de dólares en donaciones para fines caritativos, pero estipulando que su dinero sólo debía ir a parar a manos de los incapacitados para la lucha por la vida, o sea: los mutilados, los viejos y los inválidos. A los que podían seguir luchando no les ofrecía nada. El privilegio de la lucha por la victoria era lo mejor que poseía el ser humano, y robarle semejante cosa equivalía, en cierta forma, a matarlo.

Della Street regresó al despacho de Mason cuando éste terminaba de leer el artículo.

—¿Qué hay? —preguntó con cierta avidez el abogado.

—Es muy interesante —contestó Della—. Se lo toma muy a pecho. Para él ha sido un golpe muy cruel. No hay en su dolor ninguna afectación. Es un hombre sereno, decidido y muy dueño de sí.

—¿Qué edad tiene?

—Treinta y dos o treinta y tres años. Viste con mucha seriedad. Habla sin estridencias, con buena pronunciación. Tiene los ojos azules y fríos; su mirada es firme. ¿Me entiendes?

—Sí. Quiere decir que su aspecto es austero.

—Sí; tiene los pómulos salientes y la boca firme. Parece uno de esos hombres que piensan mucho.

—Bien —aprobó Mason—. Averigüemos ahora algo más acerca del crimen.

Otra vez dedicó su atención a la lectura del periódico, mas de pronto exclamó:

—¡Hay demasiada fantasía mezclada en esto, Della! No podemos reunir los datos necesarios. Y creo que nuestro vi-

sitante tampoco querrá ser muy explícito.

El abogado volvió a leer, entresacando los detalles más salientes del relato del crimen. El martes, seis de septiembre, había comenzado la temporada de pesca de Grizzly Creek. Hasta entonces había durado la veda decretada por la Comisión de Caza y Pesca. Fremont S. Sabin había ido a la cabaña, dispuesto a aprovechar el primer día de pesca. Por las pruebas circunstanciales que quedaban, la policía pudo reconstruir lo ocurrido en dicha cabaña. Era indudable que la víctima se acostó temprano, poniendo el despertador para que sonase a las cinco y media de la mañana. Se levantó, preparó el desayuno, arregló sus aperos de pesca y regresó a mediodía con cierta cantidad de pescado. Algo más tarde —y las pruebas que se poseían no permitían fijar el momento exacto—, Fremont Sabin fue asesinado. Indudablemente no fue el robo el móvil del crimen, ya que en poder de la víctima se encontró una bien provista cartera. Seguía luciendo un anillo de brillantes, y una valiosa aguja de corbata con una esmeralda fue encontrada en un cajón de la cómoda, cerca de la cama. Su corazón estaba atravesado por un balazo, disparado a quemarropa por un *derringer*^[1] de corto cañón y aspecto poco elegante, pero de mortal eficacia.

El loro de Sabin, que en los últimos años le había acompañado en casi todas sus estancias en la cabaña, estaba junto al cadáver. El asesino había desaparecido.

La casa estaba aislada, a más de cien metros de la carretera de alta montaña que serpenteaba por la boscosa vertiente. El tránsito por ella era muy escaso, y los vecinos de Sabin habían aprendido a no inmiscuirse en los asuntos del millonario.

Día tras día, los pocos que utilizaban aquella carretera pasaron cerca de la cabaña sin saber que, dentro de ella, un escandaloso loro montaba guardia junto al cadáver de su amo.

Hasta varios días después del asesinato, o sea el domingo once de septiembre, en que los pescadores llegaron en gran número al río inmediato a la cabaña, nadie sospechó que pudiese haber ocurrido algo anormal en el interior de ella.

Por entonces los chillidos del loro se mezclaron con juramentos que atrajeron por fin la atención de los pescadores.

—¡«Polly» quiere comer! —chillaba el loro—. ¡Maldición! «Polly» quiere comer. ¡Idiotas! ¿No veis que tengo hambre?

Un vecino, propietario de una cabaña próxima, se acercó a investigar. Mirando a través de las ventanas vio al loro y algo más que le hizo telefonear a toda prisa a la policía.

El criminal había mostrado compasión por el pájaro, mas no por el amo. La puerta de la jaula estaba abierta y, sin duda, el asesino dejó un plato con agua en el suelo, cerca de la jaula. Quedaba aún comida, pero no agua.

Mason levantó la vista del periódico y dijo a Della Street:

—Bien, hágale pasar.

Charles Sabin cambió un apretón de manos con Perry Mason, dirigió una mirada al periódico y comentó:

—Le supongo enterado de los detalles relativos a la muerte de mi padre.

Mason movió afirmativamente la cabeza, aguardó a que su visitante se hubiera sentado en el sillón de cuero del otro lado de la mesa y entonces inquirió:

—¿Qué desea usted que haga?

—Varias cosas —contestó Sabin—. Entre otras quiero que evite que Helen Watkins Sabin, la viuda de mi padre, nos arruine el negocio. Tengo motivos para creer que existe un testamento que me lega a mí toda la fortuna y, sobre todo, me nombra su ejecutor testamentario. No he podido encontrarlo entre los documentos de mi padre y sospecho que lo tiene ella. Es muy capaz de destruirlo. No quiero que esa mujer se convierta en la administradora de la fortuna.

—¿Le es antipática?

—Mucho.

—¿Era viudo su padre?

—Sí.

—¿Cuándo se casó con su última esposa?

—Hace unos dos años.

—¿Ha habido descendencia?

—No. Pero ella tiene un hijo ya mayor.

—¿Fue afortunado ese matrimonio? ¿Era feliz su padre?

—No. Era muy desgraciado. Se daba cuenta de que se había dejado engañar. De no temer la publicidad hubiera solicitado el divorcio.

—Continúe —invitó Mason—, ¿qué quiere usted que haga yo?

—Pondré mis cartas sobre la mesa —declaró Charles Sabin—. Mis asuntos legales están administrados por Cutter, Grayson y Bright. Deseo que usted colabore con ellos.

—¿Se refiere a la herencia?

Sabin hizo un ademán negativo.

—Mi padre fue asesinado. Quiero que coopere usted con la policía en el descubrimiento del asesino.

»Mi madrastra será difícil de manejar. Creo que ese trabajo supera la habilidad de Cutter, Grayson y Bright. Me interesa que usted se encargue de él.

»Lo ocurrido me ha trastornado enormemente. Ayer por la tarde la policía me dio la noticia. Fue una prueba muy dolorosa. Le aseguro que por ningún asunto comercial hubiera salido yo hoy de casa.

Mason observó las huellas que el sufrimiento había dejado en el rostro del joven.

—Me hago cargo.

—Comprendo que usted necesitará hacerme algunas preguntas —siguió Sabin—. Me interesa abreviar en lo posible la entrevista.

—Ante todo precisaré una especie de autorización... —comenzó Perry.

Sabin sacó una cartera.

—Me parece que he previsto su deseo, señor Mason. Aquí tiene un cheque a cuenta de su trabajo y una carta en la que certifico que usted me representa legalmente y que, por lo tanto, tiene libre acceso a todas las propiedades de mi padre.

Mason tomó la carta y el cheque.

—Veo que es usted muy metódico —dijo.

—Procuro serlo —replicó Sabin—. El cheque es un anticipo. ¿Le parece bien?

—Más que bien —replicó sonriente Mason—. Es generoso.

Sabin inclinó la cabeza.

—He seguido con gran interés su carrera, señor Mason —dijo—. Le creo excepcionalmente hábil en materia de leyes, y además dueño de una gran capacidad como detective. Ambas cosas me son necesarias.

—Muchas gracias —replicó Mason—. Si he de serle de alguna utilidad necesito tener las manos libres.

—¿En qué sentido?

—Quiero tener la libertad de hacer lo que se me antoje en este asunto. Si la policía acusa a alguien del crimen, deseo poder actuar como abogado defensor de dicha persona. Dicho de otra forma: quiero resolver el asunto a mi manera.

—Me parece que le pago lo suficiente...

—No se trata de eso —interrumpió Perry—. Si ha seguido mis casos habrá observado que en su mayor parte han sido resueltos en la sala del tribunal. Puedo sospechar quién es el culpable, pero la única forma de probar mis sospechas es sometiendo a interrogatorio a los testigos.

—Comprendo —concedió Sabin—. Me parece muy razonable.

—También quiero saber los detalles principales; todo lo que pueda serme útil y que usted pueda decirme.

Sabin recostóse en su sillón. Comenzó a hablar pausadamente, casi sin interés.

—Hay dos o tres cosas que deben ser tenidas en cuenta para comprender a mi padre. Una de ellas es el hecho de que mi madre y él fueron muy felices en su matrimonio. Mi madre era maravillosa. Jamás dio muestras de mal genio. Mis padres nunca cambiaron una palabra desagradable. Sobre todo porque ella jamás se dejó llevar por esos arrebatos que mueven a algunas personas a herir a quienes quieren o a aquellos con quienes tienen trato íntimo.

»Como es lógico, mi padre acabó considerando que todas las mujeres debían estar hechas por el mismo molde de mi madre. Al quedar viudo sintióse muy solo. Su segunda esposa trabajaba en nuestra casa como ama de llaves. Es lista, avariciosa, astuta. Luchó para irse ganando el afecto de mi padre, que nunca había tratado a mujeres de su clase. Era incapaz de comprender la verdad que se ocultaba bajo su apariencia. Y el resultado fue que se dejó arrastrar al matrimonio. Como es lógico, fue muy desgraciado.

—¿Dónde está ahora la señora Sabin? —preguntó Mason—. Los periódicos locales aseguran que se encuentra de viaje.

—Sí, hace un par de meses marchó a dar la vuelta al mundo. Por radio se la ha podido localizar en un buque que ayer cruzó el Canal de Panamá. Se ha enviado un avión que debe recogerla en un puerto de la América Central. Llegará aquí, seguramente, mañana por la mañana.

—¿Intentará hacerse cargo de los asuntos? —preguntó Mason.

—Seguramente —contestó Sabin con una voz muy expresiva.

—Como hijo, usted tiene ciertos derechos.

Con acento fatigado, Sabin dijo:

—Uno de los motivos que me han obligado a dejar de lado mi dolor y a visitarle sin pérdida de tiempo ha sido el de advertirle que todo cuanto haga usted debe empezar

antes de que ella llegue. Es muy lista y una adversaria despiadada.

—Comprendo.

—De su primer matrimonio tuvo un hijo, Steve Watkins —prosiguió Sabin—. Muchas veces, al referirme a él, le he llamado «el chivato de su madre». Finge una gran afabilidad. Tiene la técnica de un político y el carácter de una víbora. Ha estado durante algún tiempo en el Este y ha tomado el avión de Nueva York y recogerá a su madre en América Central. Llegarán juntos.

—¿Qué edad tiene? —preguntó Mason.

—Veintiséis. Su madre se las compuso para darle educación universitaria. Él considera su cultura como una fórmula mágica que debería permitirle vivir sin trabajar. Después del matrimonio de su madre con mi padre, ella dispuso de grandes cantidades que entregó a su hijo, quien las derrochó alegremente. Ha reaccionado como era lógico en tales circunstancias. Ahora se muestra muy despectivo acerca de lo que él llama la «vulgar horda».

—¿Tiene usted alguna idea de quién pudo matar a su padre?

—Ninguna. Si la tuviera procuraría alejarla de mi cerebro. Mientras no tenga pruebas no quiero ni pensar en ninguna —de las personas que conozco como posible culpable—. Cuando tenga pruebas, señor Mason, deseo que la justicia siga su curso.

—¿Tenía enemigos su padre?

—No. Excepto... Hay dos personas que me gustaría que usted supiera, señor Mason. Una de ellas la conoce la policía. La otra, no.

—¿De qué se trata?

—En los periódicos no se ha dicho; pero, según parece, en la cabaña había ciertas prendas femeninas. Creo que esas ropas fueron dejadas por el asesino a fin de despertar la simpatía y la compasión del público por la viuda.